

reveladas a la conciencia, son los secretos «que exigen por sí mismos revelados, publicados»; son los secretos de todos y que a todos corresponde verificar: «Lo que se publica es para algo —y asoma aquí el segundo momento de la conversión sacrificial—, para que alguien, uno o muchos, al saberlo vivan sabiéndolo, para que vivan de otro modo después de haberlo sabido; para librar a alguien del tedio, que es la mentira vital».

El sacrificio, por lo tanto, del escritor mediatizado, contiene un fin y un resultado: mediatizar, comunicar a los de su especie aquella verdad viviente que «se le muestra a él, aprovechando su soledad y ansia, su acallamiento de la algarabía de las pasiones». Mas sólo en la aceptación del público lector, en la conversión que esa verdad ha de provocar en sus vidas, sólo en comunidad, acaba de darse la revelación del secreto hallado. Y si esta revelación de lo oculto es alcanzada, en esta forma de comunión o conversión comunitaria que decimos, lo que se hace presente para todos, y para cada uno, es la gloria, «la gloria que es la manifestación de la verdad escondida hasta el presente —en la explicación de María Zambrano—, que dilatará los instantes transfigurando las vidas. Es la gloria que el escritor espera aún sin decírselo, y que logra, cuando, escuchando en su soledad sedienta con fe, sabe transmitir fielmente el secreto desvelado. Gloria de la que es sujeto beneficiario después del activo martirio de perseguir, capturar y retener las palabras para ajustarlas a la verdad. Por esta búsqueda heroica recae la gloria sobre la cabeza del escritor, se refleja sobre ella. Pero la gloria es en rigor de todos; se manifiesta en la comunidad espiritual del escritor con su público y la traspasa».

Podemos entender ahora que aquellos dos momentos que distinguíamos en el sacrificio creador (el momento del escritor y del lector), no se den el uno sin el otro, sino que, más bien, ambos se reclamen y se impliquen, y aparezcan conectados en el acto mismo de la creación, en el acto de la escritura: «Comunidad de escritor y público que —apunta María Zambrano—, en contra de lo que primeramente se cree, no se forma después de que el público ha leído la obra publicada, sino antes, en el acto mismo de escribir el escritor su obra. Es entonces, al hacerse patente el secreto, cuando se crea esta comunidad del escritor con su público. El público existe antes que la obra haya sido o no leída, existe desde el comienzo de la obra, coexiste con ella y con el escritor en cuanto tal. Y sólo llegarán a tener público, en la realidad, aquellas obras que ya lo tuvieron desde un principio».

Pues si el escritor está en el acto de la escritura verdaderamente «mediatizado», esto es, movido a la ofrenda por el amor, aquella «comunidad espiritual» para la que vendrá a proclamarse la gloria del secreto revelado, ya estará contenida en sí mismo, reconocida en él, como él mismo que es, incorporada. Que, sin buscarlo, el escritor ha sido elegido, llamado por el amor; a quien sólo tenía como propio el escuchar en la «sonora soledad» de la vida, se le reclama, como víctima, para la mediación: él es ahora el inocente que propicia, el único, quien hizo desde siempre ser a la vida. Y si tal fue el suceso podremos creer en su escritura, sagrada ya para nosotros, pues no toda escritura es sagrada ni puede ser objeto de nuestra fe; podremos creer que el escrito, que nació del que fue despojado de sí, en el más puro abandono, que el escrito nacido de la ofrenda a los cielos y a la tierra, mantendrá perenne para todos, como los claros en un bosque, la virtualidad de la «conversión», que marcará para siempre las señales de una vida re-

conocida y liberada a la luz del ser; de una vida —la de todos— que ya no podrá dejar de ser: el rastro vivo de una vida eterna.

V: La mediación y sus géneros: «Confesiones» y «Guías»

Hay dos géneros de escritura que expresan, de manera privilegiada, aunque puedan aparecer bajo otras muchas formas de géneros, aquel tránsito de la vida a su verdad, los géneros propios del pensamiento mediador: la «Confesión» y la «Guía». Ambos tienen en común, según observa María Zambrano, el «aparecer como el reverso de los sistemas filosóficos, en que la verdad y sus razones se objetivan sin conservar apenas huella del hombre concreto, de la persona individual que las declara, ni señalar tampoco aquella a quien van dirigidos»²⁷. «Confesión» y «Guía», por tanto, van a resolver la doble carencia de los sistemas filosóficos; pretenden expresar razones vinculadas a la vida.

En los sistemas filosóficos, la verdad aparece separada de la vida, sin precedente ni destinatario; es una verdad que se «desentiende» del origen, verdad que, una vez obtenida, desarticula su procedencia, la vida por la que la que llegó a ser engendrada. La filosofía moderna, según el análisis de María Zambrano²⁸, se ha venido esforzando por reformar la verdad, antes y a pesar de la vida. Ante la exigencia de la verdad, este género de escritura se empeñó en la ilusión de una verdad autónoma, la verdad «separada», dedicada a una mera ilustración y brillo de su poder. Con ello se ha conseguido dibujar con nitidez uno de los perfiles del drama de nuestro tiempo, del tiempo que hemos heredado: la angustia; el drama de una verdad fantasmal, inerte, de un ser sin corazón.

Frente a esta «violencia» del sistema filosófico, la vida buscó su expresión más radical en los géneros que llamamos «literarios», donde creyó, igualmente, haber encontrado un reino propio, el reino de lo equívoco y de lo fugaz, separado de toda verdad unificante. Ante la falta de reconocimiento, resentida, la vida se declaró en rebeldía y fue buscándose entre las tinieblas, devorándose a sí misma, lejos de la luz hostil, tan sólo en ocasiones aplacada, expresada, por los piadosos géneros literarios.

Las «Confesiones» y las «Guías», precisamente, han sido los géneros intermediarios, reconciliadores, entre aquellos dos extremos que hemos ido padeciendo. Relacionados, incluso contenidos, en los diversos géneros literarios tradicionales o en ciertos sistemas filosóficos, «Guía» y «Confesión» suponen la expresión de una verdad que no traiciona a la vida; son la expresión de la vida misma, tal y como «es», o como ha llegado a ser. Frente a la soberbia y el enmascaramiento del sistema filosófico emancipado y desentendido. «Guía» y «Confesión» son «reconocimiento» de la vida, verdadero entendimiento y presentación del «hombre real con sus conflictos». Y frente a una cierta complacencia en la dispersión y en el capricho, o cierto narcisismo encubridor, en que las formas líricas o novelescas pudieran clausurar a la vida, «Guía» y «Confesión» nos dirigen realmente hacia el ser, son itinerario, desprendimiento de la «situación vital» en que la vida pudiera quedar perpleja o detenida, para «salir», en libertad, a la luz, decidiendo

²⁷ «Una forma de pensamiento: la «Guía». En Obras Reunidas, op. cit., p. 359.

²⁸ Sobre el tratamiento que María Zambrano da a este problema, sugerimos consultar Filosofía y poesía y «La Confesión como Género...» op. cit., además de Pensamiento y poesía en la vida española, en Obras Reunidas, op. cit.

y relatando, compartiendo, la salida, «en busca de incorporarse definitivamente a un orden vivo e inmutable, sin contradicción»²⁹.

Sin embargo, entre estos dos géneros —«Guía» y «Confesión»— que representan la verdad de su autor y de su relación con el lector posible, existe también una importante diferencia, la cual se establece en la relación que ambos géneros se guardan entre sí: «Una relación inversa y complementaria —según distingue María Zambrano— pues que la «Confesión» descubre a quien la escribe, mientras que la «Guía» está enteramente polarizada hacia su destinatario, viene a ser como una carta, una carta y un mapa también, una carta de ruta para navegar entre un laberinto de escollos»³⁰. En realidad, un género presupone al otro, pues no pudiera darse una «Guía» sin la previa «Confesión», presente en aquélla, de quien la escribe; como tampoco es posible una «Confesión» expresa que no contenga una «Guía» implícita, un resultado. En ambos casos, la «comunidad espiritual» entre lector y escritor, su recíproca fidelidad al alma, son valores indispensables.

El mérito humano de una «Confesión» radica, para María Zambrano, en hacer que la vida reconozca tres verdades fundamentales; que verifique en sí misma tres conversiones, sin las cuales «la vida humana es una pesadilla»: «tiene que hacernos aceptar el nacimiento, no temer la muerte y reconocernos con los demás como iguales»³¹. Tal es la «revelación de la vida» que sólo por la confesión se nos da en su plenitud, pues la confesión, cuando lo es, disuelve aquellos tres horrores de su apariencia, como si pudieran negar a la vida su verdad. La «Confesión» es el género de la libertad, para el ser viviente, verdadero «método —nos dice María Zambrano— de que la vida se libre de sus paradojas y llegue a coincidir consigo misma»³². Por eso, la escritura que es fiel confesora de la vida, coincide con aquel ideal que decíamos propio de lo divino, con el ideal de la razón mediadora, el ideal originario de la filosofía: que la vida llegue a ser, que lo disperso sagrado se unifique a la luz de lo divino, por la «mirada remota», a la luz de «alguien» que viva más allá de la luz.

Quien por la confesión se libera, polariza hacia los otros su verdad y se convierte, necesariamente, a pesar de sí mismo, en «guía» o mediador, pues es «guía» su expresión para los otros, «guía» para el alma, para el ser que discurre el camino de la vida. Y propio es del guía dejar rastros de ser para la vida, indicios corporales, la señal del sacrificio que desposa a la vida con el ser. Son las señales que hacen el camino llevadero, pues por ellas, hacia ellas, nos mueve la piedad; y por la piedad, transidos de piedad, es el verbo quien se nos ofrece, como dardo amoroso, a la propia vida; el verbo que promete y anuncia otra luz, más allá de la luz, otra tierra: «Hoy entrarás conmigo en la Casa de mi Padre».

²⁹ «Una forma de pensamiento...», op. cit., p. 371. Relacionado con el género «Guía», puede leerse «Poema y Sistema», en *Obras Reunidas, o la propia muestra de Claros del bosque. El tema de la «Confesión» puede ser ampliado en El sueño creador (en Obras Reunidas), pp. 98-112; «La Confesión. Género Literario y Método, II» (Rev. Luminar, vol. VI, n. 1, México 1943); o *La Agonía de Europa*, ed. Losada, Buenos Aires, 1945.*

³⁰ «Una forma de pensamiento...», op. cit., p. 360.

³¹ «La Confesión como Género... I», op. cit., p. 307.

³² «La Confesión como Género... I», op. cit., p. 310.

Las señales del «guía», la «guía» como género, siempre despiertan al alma en su piedad, en su realeza, en el reino de lo divino que le pertenece. Es la verdad del alma que el «guía» nos revela, su condición divina, única, inviolable. Baste al alma la señal del «guía», la razón de su sacrificio, la palabra que por él se nos ofrece. Una señal nos dejó la mano purificada de Zurbarán, la imagen del Cordero mismo, que María Zambrano no puede callar: «Quieto, en su ser de palabra de vida dada, en el centro del sacrificio, en un hueco de la cruz. Enseñándonos que la palabra primera pasa, llega, viene del sacrificio inicial *Ecce Agnus...* que al transfundirse deja sin saber “toda ciencia trascendiendo”. Palabra absoluta que sólo se da pasada por el sacrificio»³³.

Es el cumplimiento de la promesa, la palabra cumplida por el sacrificio; es la palabra que encarna al verbo, aquella que ofrece a la vida su verdad: palabra de vida eterna, en cuerpo y alma, que sólo por el verbo nos alcanza. Y por esa palabra el verbo nace, y muere, y habita entre nosotros. Es el verbo que conoce nuestros nombres, que comparte su gloria con nosotros; el que pide ser seguido, que ama y pide ser amado; es él, el verbo que glorifica todos los cuerpos, todas las voces, todas las almas... «al partir el pan acordaos de mí».

Juan Carlos Marset



³³ «Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes». En *Obras Reunidas*, op. cit., p. 234.